TORRE Amarilla

# La luz de Tesla

Fedosy Santaella

Ilustraciones
Ixchel Estrada

# La luz de Tesla

Fedosy Santaella

Ilustraciones
**Ixchel Estrada**

Norma

mx.edicionesnorma.com

# Índice

El hijo de la luz ..... 9
Hermanos en la tormenta ..... 15
Una maravillosa batidora de huevos ..... 21
Tragedia bajo el sol ..... 27
El lamento de un padre ..... 33
Una nueva luz ..... 37
Un vampiro en Karlovac ..... 43
Ayudar al otro ..... 51
Un nuevo amigo ..... 57
Una puerta siempre abierta ..... 61
El asombro ..... 67
Despedida de hermanos ..... 73
Días de cólera ..... 77
Ya en casa ..... 81
El futuro ..... 85
Hijo, hijo, hijito ..... 91
No son cosas de juego ..... 97
Yo tengo la fuerza ..... 101
Final lleno de luces ..... 113

# El hijo de la luz

Al atardecer las nubes grises se iban amontonando sobre el pueblo de Smilijan, en alguna parte de aquella enorme región de Europa que por entonces se conocía como el Imperio austrohúngaro.

Llegada la noche, la oscuridad era absoluta. Duka Mandic, embarazada ya de nueve meses, daba vueltas por su casa, inquieta. Sentía como si hubiese una energía en el aire y esa energía le gustaba, le hacía pensar que todo iba a salir bien. Ella era muy activa, pero ese día estaba aún más eléctrica que de costumbre. Su esposo, Milutin Tesla, la veía ir y venir por la cocina y se preocupaba.

—Mujer, ya pronto vamos a tener a nuestro hijo, descansa un poco —dijo el hombre con su vozarrón. Era sacerdote de la iglesia ortodoxa, pero tenía el tamaño y la contextura de un militar que ha

estado en mil batallas. De hecho, cuando joven había sido destinado a la carrera militar, pero fue tanta su devoción por el mundo religioso que terminó abandonando el uniforme y se entregó a la vida sacerdotal. En la religión ortodoxa, cabe aclarar, los sacerdotes pueden contraer matrimonio. Y eso hizo Milutin siete años atrás: se casó con Duka Mandic, una muchacha que siempre le gustó por su alegría y su humor, y que con el tiempo se fue haciendo más despierta, curiosa, creativa y, de agregado, imponente en los asuntos de la casa: la militar de la familia resultó ser ella, que organizaba el hogar con una disciplina férrea pero sin ser agresiva ni levantar la voz.

—¡Milutin, no fastidies! —respondió Duka ante las preocupaciones de su esposo—: debo preparar mucha comida y pasteles para celebrar la llegada de nuestro hijo. ¡La gente vendrá a la casa y estaremos con las manos vacías! ¡La llegada de un hijo hay que celebrarla a lo grande!

—Ay, mujer, es que tú nunca descansas.

—Yo descanso cuando duermo. De resto, la vida es muy corta para andar de haraganes. Hay mucho por hacer, mucho por investigar y por inventar.

—¡Ah, sí, tú y tus inventos! Todas esas máquinas que inventas y que según tú facilitan el trabajo deberían darte tiempo para el descanso.

—¡Mira, Milutin, la que va a tener un niño soy yo, y no me estoy quejando tanto como tú! Déjame hacer mis asuntos, que todo saldrá bien.

Y así seguía la señora Duka Mandic dando vueltas por la cocina, ayudada por un par de vecinas jóvenes, pero igual trabajando sin parar. Los tres hijos de los Tesla veían todo desde el pequeño ambiente frente a la chimenea: una mesita de té, dos sillones, la alfombra. Danilo, el varón, estaba de pie y miraba con seriedad. Era alto para sus cinco años, de complexión fuerte. El padre decía que su Dane iba a ser militar y eso lo enorgullecía. De hecho, le estaba enseñando a montar caballo, y en verdad que el chico lo hacía muy bien, con una disciplina propia de un adulto, de alguien que sabe desde pequeño que está destinado a algo importante y lo asume con gran dignidad.

Angelina, de seis años, estaba sentada en la alfombra encargándose de Milka, de cuatro, la menor de la familia. Angelina también era madura para su edad, y en ese momento se encargaba de cuidar bien a su hermanita, que, con toda aquella agitación, estaba muy nerviosa, con miedo. A ratos lloraba y preguntaba una y otra vez qué pasaba o si su hermanito ya había nacido.

Al cabo de una hora, la noche se hizo aún más oscura. Las ramas de los árboles se agitaban en el bosque, el viento se metía entre ellos y rugía, como si del fondo vinieran osos y leones gigantescos. El cielo producía un retumbar como de tambores.

Duka se decía que aquello no era de temer, que era grandioso, que todo aquel viento y todos aquellos truenos no eran más que una celebración de la naturaleza por la llegada de su hijo.

“Mi hijo va a ser grande –se decía–, algo me dice que mi hijo vendrá a hacer grandes cosas”. Apenas pensarlo, sintió que se le iban las fuerzas y buscó una silla.

—Ay, ha llegado el momento —declaró.

Milutin Tesla corrió de la sala a la cocina.

—¿Ya?

—Pues creo que sí —respondió Duka.

Una de las vecinas salió corriendo de la casa, pasó cuatro casitas y tocó la puerta con prisa. De inmediato abrió una mujer entrada en años.

—¡Es la hora de Duka!

Era la partera del pueblo, y ya estaba avisada de que por esos días nacería el nuevo hijo de Duka Mandic. La partera tomó una bolsa de tela que tenía en la mesa de la entrada y salió junto con la joven. Corrieron de vuelta a la casa de los Tesla. Había mucho viento y comenzaban a caer unas gruesas gotas sobre la tierra.

Al cabo de unos minutos, el cielo y el pueblo estaban totalmente oscurecidos. Nada se veía, era como si el mundo estuviese metido en una cueva cuya entrada había sido tapada por grandes rocas. De pronto, un resplandor llenó el aire. Bajo aquel cielo totalmente iluminado se encontraba la casa de los Tesla, y dentro de la casa, en la sala, aguardaban la familia, los tres pequeños y algunos conocidos. Milutin Tesla caminaba nervioso de acá para allá. De la recámara principal salió entonces un llanto, y afuera se desataba aún más una fuerte

tormenta eléctrica que parecía estar haciendo su espectáculo justo, pero justo, encima de la casa de los Tesla.

—¡Es varón! —dijo una voz desde la recámara.

—¡Oh, mi hijo varón, el hijo de la tormenta! —dijo Milutin Tesla entrando a la habitación.

Ya la madre tenía al niño en brazos, envuelto en una cobija blanca.

—Nada del hijo de la tormenta —soltó Duka Mandic, que, a pesar del enorme esfuerzo que había hecho para traer a su hijo al mundo, se mostraba con la espalda recta sobre el copete de la cama y con semblante firme. Milutin, al escucharla decir aquello, se detuvo; sabía que su esposa iba a decir algo más, y en efecto, lo dijo:

—No es el hijo de la tormenta. Es el hijo de la luz. Y está destinado a hacer maravillas.

Milutin Tesla hizo una amplia sonrisa, soltó una alegre carcajada y, lleno de la más redonda felicidad, se acercó a su mujer y a su hijo. Duka alargó los brazos para pasarle a su pequeño hijo.

En la ventana, la luz estalló de nuevo y la habitación se iluminó por completo.

Así nacía, aquel día 10 de julio de 1856, en el pueblo de Smilijan y en medio de una poderosa tormenta eléctrica, quien sería llamado Nikola, Nikola Tesla, uno de los más importantes inventores de la humanidad, el mago de la electricidad.

# Hermanos en la tormenta

Dane era el orgullo de su padre. Fuerte, decidido, maduro. Nikola sentía esa preferencia, pero también la consideraba normal: entonces era costumbre que el hijo mayor tuviera privilegios. Nikola admiraba a su madre, esa mujer tan original, llena de imaginación y creatividad, que inventaba aparatos para la casa y para su pequeño huerto. Era muy cercana al pequeño: lo protegía, lo mimaba, y le gustaba trabajar en sus invenciones frente al chico. No obstante, Nikola no dejaba de participar con gusto en los asuntos del padre. También estaba aprendiendo a montar caballo y los acompañaba a Dane y a él en el entrenamiento equino.

Nikola no era robusto como su hermano, pero sí bastante alto. No era tampoco de grandes actividades físicas. Le gustaba salir, estar en las praderas,

pero lo suyo era más que nada la contemplación. Había aprendido, eso sí, a montar a caballo. Se veía como una larga vara sobre aquellos caballos tan imponentes, pero lo hacía muy bien y su padre se enorgullecía.

Dane siempre estaba con él y no se aprovechaba de que fuese el preferido de su padre. Eran buenos amigos y tenía con él una actitud protectora.

—Todo lo podemos hacer, Nikola —le decía—. Podemos ser lo que queramos. Si tenemos pasión por lo que nos gusta, podemos lograr nuestras metas.

Nikola no se veía a sí mismo oficial del Ejército, aunque tampoco era eso lo que esperaba su padre. Milutin Tesla quería a su hijo mayor para la carrera militar y a Nikola, como segundo hijo, lo veía tomando la vida de sacerdote ortodoxo. Nikola, por su parte, aún no sabía muy bien lo que quería, pero ciertamente el mundo militar le tenía sin cuidado; se sentía más atraído por armar cosas y se interesaba mucho por los inventos caseros de su madre.

La vida transcurría y él pasaba tiempo con su hermano Dane, que era todo un aventurero, y cuando no estaban en la escuela o en las clases de equitación les gustaba irse por los alrededores, los campos, los bosques y las colinas. Bastante habían caminado, mucho habían disfrutado corriendo, trepando, saltando.

Cierta vez se les hizo tarde y habían llegado lejos. El cielo comenzaba a ponerse gris, había mucho viento frío y se sentía electricidad en el ambiente.

Habían subido a una pequeña montaña y llegado al borde de una barranca. Abajo, un río y las piedras; arriba, el cielo agitado.

Ambos hermanos estaban al borde de la barranca, contemplando la inmensidad. Nikola veía aquello con fascinación: toda esa energía que los rodeaba, la fuerza de la tormenta por venir. Sintió en aquel instante que él era uno con todo aquel poder que lo rodeaba, que era uno con el viento que sacudía las nubes, uno con los truenos que sonaban a la distancia.

Era como estar frente a un mar bravío, se dijo Nikola. Sólo había visto el mar en las ilustraciones de los libros de su padre. Una en especial le había parecido irresistible: en ella se veía un mar agitado, con enormes olas y nubes rasgadas y grises, y unos rayos al fondo. Era eso lo que más le había impresionado: esa luz como raíces gigantescas que descendía atravesando el cielo. Su madre siempre decía que él había nacido durante una tormenta, que él era el hijo de la luz, y aquella vez frente al libro, sintió cómo las palabras de su madre y la imagen se fundían y parecían señalarle algo magnífico, algo que tenía que ver con su vida. Ahora, al borde de aquella barranca, esa sensación indescriptible volvía, pero aumentada. Su corazón latía con fuerza y le decía que un prodigio estaba a punto de ocurrir, ahí, al borde del abismo.

Dane lo tomaba del brazo y le advertía que era hora de irse, que venía una tormenta, pero Nikola no se movía, no quería. No hacía más que estar atento a lo que estaba por venir.

Dane volvió a jalarlo del brazo y Nikola le replicó en voz alta:

—¡No, no, espera, espera un momento!

Entonces se oyó un trueno poderoso y cercano que se repitió como eco por el aire, entre los árboles, abajo en las rocas, en el río.

—¡Ahí viene, ahí viene! —exclamó Nikola.

—¡¿Qué cosa, qué cosa?! —gritó su hermano.

—¡Ya lo verás! ¡Estará allá adelante, en el cielo!

Los dos se quedaron mirando hacia lo que había dejado de ser el horizonte al desvanecerse en el vértigo de aquella atmósfera turbulenta. Uno, dos, tres segundos, y frente a ellos estalló la luz, el universo entero se abrió ante la presencia imponente de un rayo que brotó de las nubes grises y recorrió el espacio en una fracción de segundo hacia abajo para desvanecerse de golpe, bruscamente. Fue un instante apenas, pero el asombro resultó infinito. Las dos figuras, sostenidas contra el cielo, al borde de la inmensidad, no hicieron más que guardar un silencio profundamente respetuoso.

Ya caían gotas filosas por todas partes.

—Tenemos que irnos —dijo Dane, pero esta vez sin prisa, ahora hablando con respeto, con cierto miedo hacia las cosas magnánimas del universo.

Nikola lo escuchó y guardó silencio sin apartar la mirada de la agitación del firmamento.

—Sí, sí, volvamos —dijo finalmente y luego dio media vuelta y comenzó a desandar el camino.

Esta vez, al contrario que de costumbre, Nikola iba señalando la ruta. Sentía que las piedras y los matorrales se apartaban... es más, le señalaban el camino de vuelta. Tenía la sensación de que su vida acababa de cambiar, de que en ese instante en que el rayo se había manifestado frente a él, las palabras de su madre se habían expandido y lo habían ocupado completamente por dentro. Sí, el pequeño Nikola Tesla sentía que se había afirmado su destino, un destino escrito desde su nacimiento. Él era el hijo de la luz y sería el hombre de la electricidad. Él traería más luz al mundo, más energía, más poder a la humanidad: le haría avanzar, le haría alcanzar nuevas distancias en el tiempo, un mejor futuro.

Iba sonriente, con paso firme, bajando la montaña entre las rocas. La lluvia ya los alcanzaba, pero eso no le preocupaba. Aquel chaparrón, el viento fuerte que giraba en torno a ellos, todo el poder de la naturaleza era parte de Nikola: estaba con él, avanzaba con él.